

El ejemplo de Ruanda: el genocidio y la acción de Dios

La Segunda Guerra Mundial y el Holocausto sacudieron profundamente la fe de innumerables personas. Por un lado, hubo tanto sufrimiento dramático y, por otro, la dolorosa experiencia de que Dios no intervino en este crimen. Millones de personas habían suplicado ayuda a Dios en su desesperación, pero aún así tuvieron que morir unos 60 millones de personas. Como consecuencia, mucha gente ya no podía creer en un Dios amoroso, las tristes experiencias eran demasiado dramáticas. Pero Dios no estaba muerto. Sufrió con el pueblo; la libertad de nosotros, los humanos, tuvo un precio dramático.

Lo que ha desaparecido en gran medida de la conciencia cotidiana es el hecho de que María, en el contexto de sus apariciones en Fátima en tiempos de la Primera Guerra Mundial, hizo un llamamiento urgente a la reconciliación y la conversión entre los pueblos, pues de lo contrario se produciría una guerra aún peor. Conocemos las terribles consecuencias de la Segunda Guerra Mundial que siguió. Mirando hacia atrás, podemos decir, por supuesto, que quién sabe si la declaración de María se hizo realmente de este modo y, en cualquier caso, nunca habría habido un periodo en la historia de la humanidad sin guerra. Por tanto, habría sido fácil hacer una "profecía" sobre otra guerra terrible.

Esta evasiva pretensión protectora ya no puede utilizarse para Ruanda.

En este estado centroafricano, más pequeño que Bélgica y con una población actual de unos 13 millones de personas, más de un millón de personas fueron asesinadas entre abril y julio de 1994. Alrededor del 85% de los habitantes son cristianos. Cabría preguntarse ahora: ¿dónde estaba Dios durante este cruel genocidio en el que los cristianos fueron masacrados por otros cristianos?

Sin embargo, si analizas esta pesadilla humana un poco más allá de la información habitual, te darás cuenta de que Dios intentó de forma casi increíble impedir estos asesinatos. Sin embargo, las posibilidades de Dios terminaron en los límites que los humanos le pusimos con nuestra libertad. Por otra parte, la obra de Dios se experimentó de forma igualmente increíble en Ruanda a través de personas que se abrieron a él y a sus acciones sin reservas.

Por ello, informaremos aquí brevemente sobre la situación inicial de Ruanda que condujo al genocidio, sobre las apariciones marianas en las que la Virgen intentó impedir este genocidio agotando al máximo el ámbito de la libertad humana, y sobre el padre Ubald Rugirangoga, a través del cual Dios actuó de un modo asombroso porque el padre Ubald se puso completamente a su disposición. Esta red de reconciliación y caridad incluye también a varios austriacos amigos míos, de modo que estas descripciones se basan en parte en experiencias auténticas.

En el siglo XIX, Ruanda era un reino africano con una gran población de agricultores, los hutus, y una proporción menor de ganaderos, los tutsis. En la segunda mitad del siglo XIX, Ruanda fue colonizada por Alemania. Los tutsis se integraron en la estructura de poder colonial porque consideraban a esta tribu racialmente superior a los hutus. Durante la Primera Guerra Mundial, Ruanda fue conquistada por Bélgica, por lo que esta potencia colonial también se adhirió al injusto reparto de poder entre hutus y tutsis. Los cargos influyentes del gobierno estaban ocupados por tutsis. Esto significaba que no se nombraba a las personas más adecuadas, sino que todos los puestos importantes se ocupaban según criterios raciales. Sin embargo, la injusticia siempre ha sido la raíz de muchos males.

En la década de 1950, se dieron los primeros pasos hacia la democratización del país, con el resultado de que el poder a nivel local se transfirió a los hutus. Esto condujo a una revolución hutu, que ahora hacía campaña por la independencia de Ruanda de Bélgica. En 1962, Ruanda se convirtió en un estado independiente bajo un gobierno hutu. A esto siguió una oleada de violencia contra los tutsis. Alrededor de 20.000 tutsis perdieron la vida como consecuencia de

estos ataques, alentados o al menos tolerados por el Estado, y unos 30.000 más huyeron al extranjero. Todos los políticos tutsis que aún vivían en el país fueron asesinados.

Como parte de esta primera oleada de violencia, el padre de Ubald y otros familiares varones de su pueblo también fueron asesinados en 1963. Ubald tenía entonces 7 años. Con gran sacrificio, su madre, ahora viuda y sin ingresos para mantener a sus cuatro hijos, hizo posible que asistiera a la escuela en lugar de ayudar en el campo en casa, y que más tarde asistiera al seminario. Era miembro de la "Legio Mariens" y para ella era muy importante que Ubald pudiera llegar a ser sacerdote.

La violencia tampoco cesó dentro de la iglesia: cuando Ubald estaba en el llamado seminario menor, hubo otra oleada de violencia contra los tutsis en 1973. Los seminaristas hutus expulsaron por la fuerza a todos los estudiantes y seminaristas tutsis. Ubald tuvo que huir a Burundi, donde fue aceptado en un seminario de allí. Cuando se trasladó al llamado seminario mayor en 1978, la parroquia de Karlau, en Graz (Austria), a cargo del párroco Karl Thaller, corrió con todos los gastos de su educación. Ubald fue ordenado sacerdote en 1983. Regresó a su diócesis natal y se hizo cargo de la parroquia de Nyamasheke para predicar la reconciliación, donde su padre y sus familiares habían sido asesinados anteriormente. La parroquia de Karlau, en Graz, se convirtió en su parroquia asociada, apoyándole en todo lo posible.

Mientras tanto, ocurrieron cosas increíbles.

A unos 100 kilómetros de Nyamasheke hay un pequeño pueblo llamado Kibeho con una escuela y un internado para niñas. Ruanda es uno de los países más pobres del mundo y Kibeho es una aldea pobre en el "fin del mundo". El internado y la escuela no tenían ni electricidad ni agua corriente. Las alumnas tenían que ir todos los días al río a buscar agua potable para lavarse ellas y sus ropas.

El 28 de noviembre de 1981, la Virgen María se apareció a Alphonsine Mumureke, que entonces tenía 16 años, en el comedor del internado. Las demás chicas presentes no tenían la menor idea de lo que significaba el súbito éxtasis en el que había caído Alphonsine ni con quién acababa de hablar. Cuando entonces les explicó que se le acababa de aparecer la Virgen María, estalló una feroz burla. Como Alphonsine siguió teniendo apariciones durante los días siguientes, las burlas se intensificaron porque nadie quería tomar en serio a esta chica. La gente empezó a maltratarla durante las apariciones en un intento de que pusiera fin de una vez a este indigno espectáculo. Cuando una segunda chica, Nathalie Mukamazimpaka, de 17 años, empezó de repente a tener apariciones también, se produjo una división entre los alumnos y el personal docente. Algunos querían creer lo que estaba ocurriendo, mientras que otros, incluidos la dirección de la escuela y el sacerdote presente, temían por la reputación de la escuela porque cada vez más curiosos querían presenciar este "espectáculo" de apariciones. Una alumna en particular, Marie Claire Mukangango, de 20 años, quería destapar este engaño a toda costa y maltrató a las dos muchachas durante sus éxtasis de forma violenta, entre otras cosas con pinchazos de aguja o sujetándoles velas encendidas bajo los brazos con la esperanza de que detuvieran por fin su teatro.

Pero cuando un día la Virgen María se apareció a Marie Claire, todo cambió bruscamente. La dirección de la escuela se dio cuenta de que aquello no podía ser en modo alguno una escenificación de las niñas y se informó de lo ocurrido al obispo de la diócesis de Butare, monseñor Jean Baptiste Gahamanyi. Dispuso la formación de una comisión teológica y de una comisión médica compuesta por cuatro especialistas para examinar a las niñas durante las apariciones. Quería asegurarse de que no se estaba cometiendo ningún fraude. Esto fue posible porque María siempre había anunciado con antelación la hora de sus apariciones, de modo que las comisiones pudieran estar siempre presentes.

Las apariciones de Kibeho fueron completamente diferentes de las apariciones simultáneas de Medjugorje, que también habían comenzado en 1981. Mientras que en Medjugorje los espectadores no podían ver ni oír nada durante las apariciones, y la comunicación, a menudo

intensa, entre los videntes y María era completamente silenciosa para los forasteros, los espectadores de Kibeho podían oír con normalidad las respuestas de los videntes a María. Los videntes de Kibeho, a diferencia de los de Medjugorje, no tuvieron las apariciones simultáneamente, sino una tras otra. De este modo, las apariciones duraban a veces varias horas. Aunque al principio la comisión teológica colocó micrófonos bajo los videntes durante las apariciones para grabar y documentar toda comunicación con María, la radio estatal pronto reconoció esta posibilidad y las apariciones se retransmitieron a todo el país.

Además de los mensajes que María transmitió a las videntes, también aprovechó esta oportunidad para organizar sus apariciones como catequesis. Una y otra vez, las niñas preguntaban a nivel de comprensión: "*Si te he entendido bien, ¿quieres decir así... y así...? ¿Quieres decir que tenemos que tener en cuenta esto... y esto... en nuestras vidas, mucho más que antes?... y que Dios quiere que hagamos esto... y aquello...?*". Y miles y miles de personas de toda Ruanda pudieron experimentar esto en la radio y reconocer lo que María estaba enseñando a las chicas.

La gente también aprendió de forma muy informal cómo podemos hablar con nuestra Madre celestial de forma íntima y amorosa. Las personas que estaban presentes pudieron presenciar el cambio en la comunicación: primero una reacción respetuosa y temerosa de las chicas a lo que María les había dicho y finalmente una conversación íntima y cariñosa entre ellas, en la que las jóvenes llamaban a María por su nombre cariñoso. También fueron testigos de cómo María llevaba a las chicas a su escuela y las guiaba y reprendía de forma muy cariñosa cuando era necesario desde el punto de vista de María. Fue un proceso de aprendizaje para los presentes llegar a conocer a María, a la que no podían ver, como una contraparte amorosa con la que se pueden compartir todos los aspectos de la vida y que quiere conducirnos suavemente a los humanos hacia Cristo.

Durante estas apariciones, también se produjeron varios milagros como signos del amor de Dios, por ejemplo, que una vez durante las apariciones cayó una lluvia corta y muy suave y, tras este refresco inesperado, toda la gente se dio cuenta de que todas las heridas que habían sufrido durante las marchas a Kibeho, que a menudo duraban días, a través de la jungla, se habían curado de repente. Fueron, por supuesto, experiencias maravillosas que se extendieron como la pólvora y motivaron a más y más gente a ir ellos mismos a Kibeho para la siguiente aparición anunciada.

El propio Kibeho carecía de infraestructuras, no había tiendas ni restaurantes donde la gente pudiera conseguir comida y bebida, ni aseos públicos ni nada parecido. A la gente le resultaba muy difícil llegar hasta allí, pero cada vez eran más los que querían participar de alguna manera en estas apariciones.

Se anunció otra aparición para el 15 de agosto de 1982. Más de 20.000 personas habían peregrinado a Kibeho con la esperanza de poder vivir algo especial en esta gran fiesta mariana.

Al comienzo de las apariciones, Alphonsine, como siempre, quiso saludar a su madre celestial con una canción. Sin embargo, la gente experimentó que dejaba repetidamente de cantar y luego preguntaba desesperada a María por qué estaba tan triste. De repente, todo el pueblo de Alphonsine oyó un grito estridente: "*¡No, no, por favor, no! ¿Por qué me muestras tanta sangre? No, no, ¿por qué me enseñas esto?*".

Y esta pobre muchacha tuvo que contemplar en una visión espantosa lo que ocurriría en Ruanda si la gente no cambiaba por fin, de vida, abandonaba su odio, volvía a Dios y trabajaba por la reconciliación, la justicia y la misericordia.

Los presentes huyeron despavoridos con sus niños gritando y asustados, habían esperado algún tipo de milagro y ahora se enfrentaban a esta pesadilla. Cuando Alphonsine se desmayó tras su aparición, le mostraron a Nathalie esta terrible visión y luego a Marie Claire al final, y

las tres chicas describieron horrorizadas todos los horrores y la crueldad inhumana que habían visto. Y todo fue retransmitido por la radio.

Dios permitió a María advertir al pueblo de Ruanda de una forma que no podía superarse en términos de claridad y llamarle al arrepentimiento. Escucharon el mensaje, que fue *el* tema principal en Ruanda durante mucho tiempo, pero la mayoría de la gente no cambió por ello. Dios respeta la voluntad del pueblo, incluida la voluntad de quienes planearon este genocidio y de los miles que lo llevaron a cabo. La libertad del pueblo limita la capacidad de Dios.

Resultaba especialmente amargo que innumerables sacerdotes hutus no se hubieran tomado en serio en absoluto las advertencias de María. Estaban tan anclados en su pensamiento y sus intenciones hutus que no sólo descuidaron sus deberes sacerdotales, sino que tampoco contribuyeron lo más mínimo a la reconciliación de los grupos étnicos. Más tarde, muchos de ellos incluso apoyaron el genocidio. El Papa Francisco pidió perdón al pueblo ruandés por ello.

12 años después, esta pesadilla se hizo realidad. Fue un genocidio largamente preparado, por lo que fue posible matar a cerca de un millón de personas en sólo tres meses. Se desencadenó el 6 de abril de 1994, cuando el avión del presidente Habyarimana, un hutu moderado, fue derribado por hutus radicales y se afirmó que era culpa de los tutsis. Media hora después, comenzaron los asesinatos, dirigidos inicialmente contra figuras de la oposición y otras personalidades influyentes sobre la base de listas de muerte previamente preparadas. Entonces comenzó la matanza bien orquestada de personas en toda Ruanda. El objetivo era no dejar testigos vivos ni herederos que pudieran disputar posteriormente el botín. No se perdonó a nadie, ni siquiera a las madres con bebés.

El padre Ubald había pasado los últimos 10 años en su parroquia de Nyamasheke haciendo todo lo posible por promover la reconciliación entre los grupos étnicos. Él mismo había sido víctima del odio y la violencia cuando era niño, por lo que sus esfuerzos se aceptaban como creíbles. Cuando estalló el genocidio, más de 10.000 tutsis huyeron a su iglesia con la esperanza de estar a salvo con el padre Ubald. Pero cuando el obispo se dio cuenta de que los hutus también querían matar a Ubald, le ordenó que huyera. Cuando todo acabara, se necesitarían urgentemente agentes de pastoral.

Nadie podía imaginar el alcance del horror. Durante los tres días siguientes, todos los tutsis del recinto de su parroquia de Nyamasheke fueron brutalmente masacrados. Ubald no tardó en enterarse de que 84 de sus familiares, incluida su madre, habían sido asesinados en Karengara, su ciudad natal.

No sólo estaba traumatizado por haber perdido a su familia de esta forma tan cruel, sino también por el sentimiento de desesperación abismal de haber fracasado como sacerdote. Personas a las que había conocido personalmente, a las que había predicado el Evangelio, administrado los sacramentos y distribuido la Eucaristía, estaban matando a otras miles de personas en su parroquia simplemente porque eran tutsis. Ubald era un hombre destrozado.

Con la ayuda del obispo, un hutu, pudo huir a través del cercano estado del Congo y finalmente encontró refugio en Graz con su parroquia asociada, que había financiado su formación sacerdotal. La Sra. Traude Schröttner, con la que se le permitió vivir, le dijo que ahora quería ser su madre, ya que la suya había muerto. Esta nueva "relación madre-hijo" dio lugar a un increíble número de bendiciones. Algunos ejemplos se describen en los testimonios de este sitio web.

El padre Ubald tenía la sensación de que ya no podía ser sacerdote, ya no era capaz de rezar el "Padre Nuestro" con la oración del perdón. En toda su desesperación, sólo sabía una cosa: que quería perdonar, pero no sabía cómo hacerlo. Su mentor, el padre Thaller, le aconsejó entonces que viajara a Lourdes para pedir consuelo y ayuda a la Virgen.

Mientras el padre Ubald rezaba el Vía Crucis en la gruta de Massabielle, en Lourdes, oyó de repente la voz de Jesús: «*Ubald, toma también tu cruz*». Ubald estaba dispuesto a hacerlo si

Dios le ayudaba. Y en ese momento, sintió que toda la carga inhumana y la desesperación se alejaban de él, el dramático dolor interior que le había perseguido constantemente se apagó de repente y la desesperación de no poder perdonar a los asesinos de su familia había desaparecido. Había adquirido una profunda paz interior y la certeza de que podía perdonar a los autores.

Dios había curado completamente su alma en Lourdes. Ahora podía volver a Ruanda para predicar la reconciliación y el perdón a la gente de allí una vez más. Pero no se limitó a predicar el perdón. Dio ejemplo a los demás de lo que significa el perdón. Perdonó al alcalde de su comunidad natal de Karengara, Straton Sinzabakwira, que había ordenado el asesinato de su familia y parientes. Y como sus dos hijos vivían ahora en la más absoluta pobreza porque su madre había muerto y su padre estaba en la cárcel, el padre Ubald se hizo cargo de los gastos de su escolarización y los pagó de su propio bolsillo. Incluso pagó los estudios de medicina de su hija Giselle.

Ubald había regresado a un país que pedía a gritos castigo y venganza.

Durante el genocidio, los refugiados tutsis reforzaron un ejército rebelde ya existente, el FPR, muy superado en número por las tropas gubernamentales, pero que, obviamente, luchó con el coraje de la desesperación. Consiguió grandes éxitos y fue capaz de hacer retroceder cada vez más al ejército gubernamental. Al cabo de tres meses, los tutsis lograron finalmente la victoria y se hicieron con el poder en el estado, poniendo fin al genocidio. Como resultado, se capturó a miles de presuntos autores del genocidio y varios cientos de miles de hutus huyeron al extranjero por miedo a las represalias. El FPR tutsi también había cometido las más graves violaciones de los derechos humanos en sus batallas contra los hutus.

Así pues, el padre Ubald se enfrentó a situaciones dramáticas. Por un lado, había tutsis supervivientes, como él, cuyos familiares habían sido brutalmente asesinados y cuyas propiedades habían sido destruidas o saqueadas, incluidas las de la familia de Ubald. Por otra parte, había hutus en los barrios inmediatos de cuyas familias procedían los autores. Se habían apropiado de los bienes de los asesinados y ahora temían la venganza de los tutsis. Entonces, miles y miles de hutus colaboraron con las brigadas de asesinos, en parte por miedo a ser vistos como amigos de los tutsis, en parte por indiferencia ante la suerte de sus vecinos, en parte por el cálculo de que ahora podrían apropiarse de las propiedades y los campos de los tutsis. Además, estaban los cientos de miles de hutus que habían huido del avance de la milicia del FPR, con lo que los tutsis supervivientes se habían apropiado ahora de sus posesiones en sustitución de sus bienes destruidos y como compensación rudimentaria por los familiares asesinados. Ahora los hutus que regresaban intentaban recuperar sus propiedades. Por último, también había hutus que habían escondido a tutsis arriesgando sus propias vidas, lo que les permitió sobrevivir. Ahora eran considerados traidores por otros hutus porque ahora podían testificar contra ellos. También hubo muchos miles de hutus que se habían resistido a las matanzas y que luego fueron asesinados ellos mismos. Sobre todo, los tutsis seguían teniendo miedo de que los hutus pudieran vengarse de su derrota.

El padre Ubald había vuelto ahora a esta mezcla de heridas físicas y psicológicas mutuamente crueles, odio, sentimientos de venganza, vergüenza, miedo y una voluntad desesperada de sobrevivir, en medio de la más amarga necesidad existencial, para hablar del amor de Dios y llamar a la gente al perdón y a la reconciliación.

Dios tiene un interés central: el establecimiento de su reino en la tierra, en el que las personas puedan vivir en paz.

Incluso antes del genocidio, había permitido que María ayudara a este pueblo oprimido a reconocer los caminos de la paz. Sin embargo, la mayoría de la población no había estado dispuesta a seguir estos caminos hacia la reconciliación. Dios no actúa contra la voluntad del hombre.

Incluso después del genocidio, Dios tenía el mismo interés en lograr la paz y la reconciliación entre los pueblos. Pero debido a nuestra libertad, sólo puede ayudarnos a dar estos pasos si queremos darlos por nuestra propia voluntad. Es una situación desastrosa, porque el ciclo y la espiral de odio y represalias no permiten que la gente se abra a los mandamientos, el trabajo y la ayuda de Dios.

Sin embargo, Dios necesita personas que estén abiertas a su obra y tengan un corazón puro para que Dios pueda actuar no sólo por ellos, sino sobre todo a través de ellos por otras personas y romper este ciclo negativo.

Cuando Jesús envió a 72 discípulos a proclamar el reino de Dios, les dio poder y autoridad para curar a los enfermos (Lucas 10:9). Se trata de un pasaje que no nos afecta hoy en día, porque "curar a los enfermos" es algo que está completamente fuera de nuestra percepción e imaginación. Por eso, este relato evangélico se considera en gran medida irreal. Las experiencias de personas del pasado reciente o incluso del presente, que informan repetidamente de curaciones al margen de acontecimientos médicos, se ridiculizan y no se toman en serio. Pero deberían tomarse.

¿Qué hizo Jesús? Había elegido específicamente a discípulos a los que había dado el poder y la autoridad de curar a la gente, porque quería equiparles y legitimarles precisamente con estos dones para las tareas que tenían por delante. Eran personas a las que había conocido y en las que había confiado. Sólo había concedido estos dones a unos pocos.

Ruanda era y sigue siendo un país profundamente herido. Obviamente, Dios quería crear la oportunidad de que su reino de paz y reconciliación surgiera y creciera entre este pueblo en medio del odio y las llamadas a la venganza y la represalia. Dios necesita personas que sean capaces y estén dispuestas a dejar que Él las conduzca a situaciones tan dramáticas para que puedan sentar las bases de la reconciliación y el perdón. El padre Ubald estaba preparado para ello. Al igual que los discípulos 2000 años antes, Dios le había dado entonces la fuerza y también la autoridad para hacer todas las cosas esenciales que eran necesarias para ello. Como podemos observar con cierto asombro, esta autoridad no sólo incluía la curación de las almas profundamente heridas, sino también de los cuerpos maltratados de las personas.

Cuando Ubald regresó a casa, se detuvo ante las ruinas de la iglesia en la que habían sido asesinadas 10.000 personas que habían buscado refugio en ella. Pensó en las experiencias espirituales que había tenido aquí y que habían moldeado su vida. Como joven sacerdote, se le había encomendado la tarea de acompañar espiritualmente a un grupo de su parroquia que estaba anclado en la llamada renovación carismática (RCC) de la Iglesia. Al principio no se sentía nada cómodo con ello, pero lo hizo por obediencia a su misión. La gente de la RCC intenta dejarse guiar por el Espíritu Santo en la oración de escucha y éste era un aspecto sobre el que la mayoría de los sacerdotes, incluido el padre Ubald al principio, se mostraban escépticos. Pero el padre Ubald pronto se dio cuenta de que estas personas eran el alma de la parroquia. Rezaban pidiendo los dones del Espíritu Santo y se dio cuenta de que Dios les concedía, a ellos y a través de ellos, los dones mencionados en los Hechos de los Apóstoles y en la carta de San Pablo a los Corintios. Entonces aprendió a organizar retiros con estas personas y experimentó que el Espíritu Santo concedía a la gente muchos dones a lo largo del camino. El resultado fue un rico fruto en la parroquia. A través de la RCC, había aprendido a comprender que Jesús está realmente presente y quiere capacitarnos a los humanos con sus dones y su ayuda para construir el reino de Dios.

Ahora estas personas que vivían desde las profundidades de la fe estaban todas muertas y con ellas un total de 45.000 personas de su gran parroquia.

Ubald pronto se dio cuenta de que el perdón era la única forma de romper la espiral de odio y represalias. Pero el perdón no tiene nada que ver con el olvido. El perdón sólo es concebible desde una actitud de misericordia que permita a los perpetradores superar su odio original. Si los autores y las víctimas deben seguir conviviendo como vecinos en el futuro, la única forma de hacerlo es a través del perdón y de la reconciliación.

Sin embargo, Ubald también sabía por experiencia propia que las terribles imágenes que se habían grabado a fuego en el alma de las personas durante el genocidio ya no podían ser borradas por el juicio humano.

Para algunos, eran las lesiones físicas y las mutilaciones que atormentaban a la gente día y noche, además del grave trauma psicológico. Para otros, fue la vergüenza, a menudo abismal, de tener que darse cuenta de que habían hecho cosas como cómplices de esta matanza que nunca antes habrían pensado que podrían hacer. Pero también estaban los que no tenían la menor conciencia de la maldad abismal de sus actos y justificaban desafiantemente sus acciones hasta el final.

Ubald pensó en el don que había recibido de Dios en Lourdes y supo que nunca habría sido capaz de reunir las fuerzas para la reconciliación por sí solo. A partir de su experiencia de que sólo Dios puede curar de este modo, se convirtió en una preocupación muy central para él hacer que la gente se diera cuenta de que Dios también está presente en su sufrimiento, así como en su culpa, y quiere curar a ambos: a las víctimas y a los culpables. Si las personas llegan a pedir a Dios que les ayude en este difícil camino de la reconciliación, entonces Dios puede actuar realmente en sus vidas y dar a las víctimas, pero también a los autores, la curación y la salvación que necesitan. Si la misericordia puede surgir de la reconciliación, ésta sería también la base para que las personas que hasta ahora han dado desafiantemente la espalda a Dios abandonen su odio. Dios también quiere conceder el perdón y la salvación a los delincuentes endurecidos. Pero para ello necesita personas que abran la puerta a Dios a esos delincuentes mediante su voluntad de perdonar.

Para las víctimas, esto significa renunciar a la venganza y perdonar de todo corazón. Entonces Dios también podrá curarlas de los traumas que las atormentan día y noche. Y para los perpetradores, esto significaba estar dispuestos no sólo a admitir su propia culpa y pedir perdón a las víctimas, sino también a expiarla.

Como su parroquia de Nyamasheke había sido destruida, el obispo le asignó de momento otra parroquia huérfana, Mushaka. Pronto se advirtió a Ubald de que allí seguía habiendo muchos conflictos étnicos, provocados sobre todo por los sacerdotes. Como consecuencia, los habitantes de esta parroquia habían perdido en gran medida la fe. Al principio, sólo 12 personas acudían a misa los domingos. Pronto inició allí una adoración eucarística diaria, al principio solo, como el párroco de Ars, luego se le unió un solo feligrés y con el tiempo el número aumentó. La gente empezó a ir a misa de nuevo hasta que la iglesia se llenó incluso en las misas diarias. Como resultado, Ubald pronto empezó a organizar cursos y retiros de fe junto con la adoración eucarística diaria, en los que el perdón y el reconocimiento de la voluntad de Dios se convirtieron en el tema central.

Cuando la gente se abrió al tema de la paz y la reconciliación con un renovado sentido de la fe, pudo empezar a trabajar junto con las víctimas y los familiares de los autores que estaban en la cárcel para asumir lo que había ocurrido, no desde la posición de la acusación, sino desde la posición de la misericordia de Dios, que quiere dar su salvación no sólo a las víctimas, sino también a los autores. Sobre esta base, también le fue posible visitar a las víctimas y a sus familiares en la cárcel. La disposición de las víctimas a perdonar también hizo posible que los autores pidieran perdón, primero por escrito y más tarde en público, donde estas peticiones de perdón se leían en voz alta o se pronunciaban delante de toda la congregación durante las misas. Estas peticiones de perdón también estaban vinculadas a la voluntad de expiación. Esto se llevó a cabo, por ejemplo, de tal manera que los familiares de los perpetradores, que aún estaban en prisión, acogieron a las víctimas -en su mayoría viudas y huérfanos, así como personas heridas y mutiladas- o que familiares de los perpetradores se mudaron con ellas para cuidarlas y atenderlas. De este modo, la voluntad de perdonar creció en la parroquia de Mushaka.

En 2000, el obispo de la diócesis de Cyangugu, Jean Damascène, pidió a todas las parroquias que nombraran a personas que estuvieran dispuestas a actuar como testigos de la

reconciliación entre hutus y tutsis con motivo del 2000 aniversario. Se presentó un gran número de personas de la parroquia de Mushaka dispuestas a anunciar públicamente su reconciliación. Ni una sola persona de ninguna de las demás parroquias de la diócesis estaba dispuesta a hacerlo. Para el padre Ubald y el obispo Damascène, esto era la prueba de que sin la oración y la voluntad de perdón de las víctimas, en el espíritu del "Padre Nuestro", los autores no estaban en condiciones de pedir perdón, por lo que no podía haber reconciliación. Esto se conoció como el "Proyecto de Reconciliación de Mushaka" y se intentó poner en práctica estos pasos hacia la reconciliación en todas las parroquias de Ruanda.

Sin embargo, había muchos perpetradores que no se arrepentían de nada, que incluso amenazaban desde la cárcel con vengarse de su condena una vez cumplida ésta y reanudar la lucha contra los odiados tutsis. Esto infundió un gran temor en muchas de las personas ya traumatizadas. El padre Ubald pidió a quienes, a pesar de todo, estaban dispuestos a perdonar a estas personas que rezaran públicamente por ellas durante los servicios religiosos. Esto dejó atónitos a los duros perpetradores cuando se enteraron de que las personas que habían sobrevivido a sus ataques rezaban ahora por ellos y, en lugar de denunciarlos y pedir represalias, los bendecían y les deseaban la paz de Dios. Esto abrió la puerta a que estos odiadores radicales de los tutsis se despojaron de su odio. De este modo, pudo surgir la paz en su parroquia.

Del mismo modo que Jesús había dado a sus discípulos la autoridad de curar a los enfermos cuando proclamaban el reino de Dios, Dios también había hecho del padre Ubald un instrumento a través del cual podía provocar repetidamente la curación. Esto ya había comenzado antes del estallido del genocidio, tras una epidemia de disentería que había matado a muchos feligreses. El padre Ubald reunió a su alrededor a nueve jóvenes de la renovación carismática dispuestos a rezar intensamente con él por la curación de los enfermos. Al principio, rezaron en privado por enfermos individuales. Sin embargo, cuando de repente acudieron e informaron de que se habían curado repentinamente, trasladaron esta oración de petición y acción de gracias a la esfera pública. A partir de entonces, las oraciones por los enfermos se rezaban siempre en la capilla después de las misas de los días laborables.

Durante una de estas oraciones, Ubald tuvo de repente una visión. De repente vio un pie y oyó una voz que le decía que alguien tenía una úlcera que no cicatrizaba en el pie izquierdo. Luego vio un rostro y oyó que alguien sufría vértigo. Luego vio un pecho y oyó que alguien sufría infartos, vio un brazo y le dijeron que alguien tenía dolor en el codo y luego oyó que alguien tenía una herida en las nalgas y no podía sentarse por ello. Todo esto era completamente nuevo para él. Preguntó tímidamente si había alguien que tuviera el pie izquierdo inflamado. Contestó una mujer. Luego preguntó si alguien sufría vértigo, a lo que respondió un hombre. Una persona tras otra confirmaron que padecían exactamente la dolencia que él había visto en esta visión y todas menos una habían rezado para ser curadas de esta dolencia. Con el tiempo, cada persona testificó públicamente que había sido curada. Una mujer hutu llamada María no asistió a esta reunión de oración porque no podía sentarse debido a la herida que tenía en las nalgas. Le daba vergüenza admitir públicamente esta curación, pero lo hizo. Dios no sólo había curado su cuerpo, sino también su alma. Cuando estalló el genocidio, María había escondido a tutsis y les había proporcionado alimentos durante meses, permitiéndoles sobrevivir. Había experimentado el amor de Dios y decidió transmitirlo a los demás.

A raíz de ello, Ubald organizó cada vez más seminarios de fe de la Renovación Carismática, al final de los cuales se rezaba intensamente por la curación de las personas. De hecho, las curaciones se concedían una y otra vez, y la gente transmitía sus experiencias de fe porque ellos mismos sabían qué pasos de fe habían dado anteriormente. Su obispo de entonces, Thaddè Nthinyurwa, le envió entonces a todas las parroquias de su diócesis para que transmitiera el mensaje de que Jesús quería encontrarse con ellos, traer la reconciliación y darles la salvación en esos seminarios de fe.

Durante años, el padre Ubald organizó esos seminarios de fe y predicó por toda la diócesis. Pudo experimentar numerosas curaciones de cuerpo y alma y también vio cómo se sanaban relaciones rotas y se reunían familias desgarradas. Muchas personas también se abrieron a su mensaje porque habían oído las advertencias de María en Kibeho y se las habían tomado en serio. Pero eran muy pocas las personas que habían empezado a orientar su vida hacia Dios. La mayoría de las personas que habían empezado a abrir su corazón a Dios murieron en el genocidio.

Tras su regreso a Ruanda, el padre Ubald tuvo que empezar de nuevo. Sin embargo, Dios le había mostrado en una visión que la fe había crecido a partir de la sangre de los mártires de la Iglesia primitiva y que lo mismo ocurriría en Ruanda.

Por ello, el padre Ubald había empezado a situar la adoración eucarística en el centro de las actividades de la parroquia y a dar la bendición eucarística a la gente después de los servicios de reconciliación y curación. En la medida en que parte de la población había vuelto a abrirse a Cristo, Dios empezó a curar de nuevo a la gente. Esta vez, preferentemente en el contexto de esta bendición eucarística. Cuando el padre Ubald hubo experimentado en imágenes interiores qué enfermedades y dolencias acababa de curar Dios, invitó a pasar al frente a las personas a las que se aplicaban estos síntomas. Esto tuvo varios efectos: En primer lugar, los transeúntes, que conocían a los que ahora habían sido curados, pudieron atestiguar que esas personas habían padecido antes esas enfermedades y dolencias de las que ahora se habían curado repentinamente. Esto era de gran importancia para la credibilidad de estas curaciones otorgadas por Dios. Por otra parte, el padre Ubald pudo aprender con el tiempo y adquirir certeza sobre el contexto en el que Dios concedía la curación a las personas. A partir de esta claridad, el padre Ubald pudo entonces señalar a la gente, que ansiaba la curación física y espiritual, que Dios esperaba primero a que la gente estuviera dispuesta incondicionalmente a perdonar en sus acciones. Esto, a su vez, significó que todas aquellas personas que habían quedado profundamente heridas mental y físicamente por el sufrimiento que habían padecido y los traumas resultantes, así como las que ahora estaban deprimidas y agobiadas por su culpa, vieron la oportunidad de experimentar realmente la salvación y la redención de su propio sufrimiento y culpa en estas misas de curación y reconciliación. Cada vez acudía más gente a los actos del padre Ubald, a veces hasta 60.000 personas. Creció en el padre Ubald la visión de construir un gran "Centro de Paz" para la enorme tarea de reconciliar a los grupos étnicos que aún tenía por delante.

La reputación del padre Ubald se extendió rápidamente y también fue invitado por sus amigos de Austria a dichos seminarios de sanación, donde también se produjeron sanaciones una y otra vez. También viajó con frecuencia a Estados Unidos. Muchos tutsis habían huido allí durante el genocidio. Una superviviente del genocidio, Immaculée Ilibagiza, había concienciado a todo el mundo sobre el genocidio con su libro "Led by faith - Rising from the Ashes often the Rwandan Genocide". Cuando experimentó los seminarios de sanación del padre Ubald en Ruanda, le invitó a EEUU porque allí también se necesitaban el perdón y la sanación. Posteriormente viajó a EEUU con frecuencia, donde había desarrollado una red de amigos. Estos amigos, especialmente Katsey Long, organizaban con frecuencia seminarios de fe con el padre Ubald, que a menudo daban lugar a curaciones espontáneas, a menudo de enfermedades graves. Muchas de ellas están documentadas en el capítulo "Historias de curaciones eucarísticas" del libro del padre Ubald, editado por Katsey Long. También fue este círculo de amigos estadounidenses el que más tarde financió y construyó las iglesias y la infraestructura del "Centro de la Paz".

Además de las innumerables curaciones que Dios había concedido, también fue conmovedor el hecho de que Dios hubiera cumplido su promesa de Mat 6:33. Se trata de la promesa de que Dios cumpliría su parte si la gente se esforzaba por establecer su reino. Esta promesa suele ser ignorada en nuestra conciencia religiosa porque suena inverosímil.

En su providencia, Dios tenía evidentemente un plan para volver a despertar la fe en Ruanda, para lo cual, como ya se ha dicho, necesitaba personas dispuestas a ponerse a su disposición

para esta obra "en la viña de Dios". Estas personas pueden ofrecer su fuerza, su voluntad, su tiempo y sus capacidades. Lo que no pueden hacer, sin embargo, es organizar las cosas como Dios quiere que sean para sus propósitos. Al hacerlo, se puede experimentar la obra de Dios.

El sacerdote austriaco Karl Thaller y otras personas de la parroquia de Graz Karlau / Austria, que, como ya se ha descrito, habían costado la formación sacerdotal del padre Ubald, viajaron a Ruanda en 1984 para su ordenación. La colaboración entre la parroquia de Graz Karlau y Nyamasheke también se estableció durante esta visita. En su siguiente visita, con ocasión de otra ordenación sacerdotal, que la Sra. Schröttner había financiado, llevó al Padre Ubald a Kibeho en 1988, en un momento en que María ya se había aparecido a los jóvenes de allí. Todos allí habían pedido a la Virgen que les acompañara en esta asociación con su intercesión ante Dios y que les ayudara.

Cuando el P. Ubald tuvo que huir del genocidio en 1994, encontró refugio en su parroquia asociada de Austria. Como ya se ha dicho, la Sra. Schröttner se había ofrecido allí como madre para él, porque su propia madre había sido asesinada.

Hasta entonces, la parroquia de Karlau siempre había apoyado a su parroquia asociada de Nyamasheke, pero eran cosas pequeñas comparadas con lo que ocurriría más tarde.

Cuando Ubald volvió a visitar Austria en 2002 para recuperarse de su terrible experiencia en Graz, la Sra. Schröttner le preguntó si tenía algún deseo que pudiera cumplir. Estaba pensando en algo personal. Ubald respondió tímidamente que quería construir una iglesia. La Sra. Schröttner se sorprendió mucho porque no era un deseo personal, pero preguntó cuánto costaría esa iglesia, a lo que Ubald mencionó la suma de 15.000 euros. La Sra. Schröttner se lo pensó un rato y accedió a cumplir su deseo. Hay que tener en cuenta que la Sra. Schröttner trabajaba como simple contable de nóminas y que esa suma era muy superior a su salario mensual. Ubald la abrazó e inmediatamente la invitó a venir a la consagración de la iglesia al año siguiente.

Así pues, la Sra. Schröttner estuvo presente en la consagración de la iglesia que había financiado. En el viaje de vuelta a casa, el obispo Damascène le mostró un almacén para una rectoría en Yove, que ya no podía terminarse porque no quedaba dinero. Se trataba de una parroquia con 15.000 feligreses que sólo podría conseguir un sacerdote cuando dispusiera de una rectoría. El coste de ésta sería de 17.000 euros. Esta suma golpeó a la Sra. Schröttner como un rayo. Acababa de jubilarse y había recibido exactamente esa cantidad como indemnización por despido. Decidió donarla para que esos 15.000 feligreses pudieran tener un sacerdote.

De vuelta a casa, una emisora de radio la invitó a informar sobre sus experiencias en Ruanda. También habló del almacén de la rectoría de Yove y dijo, en broma, que si 17.000 personas escucharan hoy y cada una diera un euro, la rectoría estaría pagada.

Poco después, la llamó una tal Sra. Ostermair, que dijo que estaba dispuesta a asumir esa suma de 17.000 euros. La Sra. Schröttner se quedó estupefacta. Cuando le preguntó por qué quería donar esa gran suma, la mujer le dijo que su familia se había salvado de una gran desgracia. Ella misma no era rica y tenía 8 hijos. El dinero procedería de su marido, que había tenido un grave accidente y había recibido 17.000 euros de la compañía de seguros como indemnización por su dolor y sufrimiento. De este modo, querían agradecer a Dios su ayuda y asegurarse de que el pueblo de Yove pudiera tener un sacerdote.

En aquel momento, la Sra. Schröttner supo que Dios no quería su dinero, sino sólo su voluntad de ponerse a su disposición como instrumento. Decidió no decir nunca más NO cuando se le hiciera una petición de ayuda, porque confiaba en que Dios ayudaría entonces a realizarla. Y así fue.

Cada año, cuando volaba a Ruanda, el padre Ubald y el obispo Damascène le enviaban nuevos deseos y peticiones, y en 2008 también hubo un grave terremoto con grandes daños. Había tanto que hacer y tanto que ayudar. Si las peticiones eran demasiado grandes y parecía

imposible cumplirlas, el padre Ubald se limitaba a decir: "*¡Tienes que hacerlo, yo rezo por ello!*". Era increíble la providencia y la ayuda de Dios que pudieron experimentar.

Cuando la gente y los sacerdotes de Ruanda asaltaban a la Sra. Schröttner con sus peticiones de ayuda, ella siempre respondía de la misma manera. Siempre llevaba consigo sacos de rosarios a Ruanda y los distribuía entre la gente. Entonces prometía ocuparse de esta petición, pero siempre añadía que ella misma no disponía de los fondos necesarios y que no sabía de dónde sacaría el dinero que necesitaba. Sin embargo, si estos proyectos en las parroquias eran una preocupación real para el pueblo, entonces todos debían pedir a María en unidad su intercesión ante Dios para que se cumpliera todo lo necesario. Era asombroso que cada vez, a menudo en el último momento, llegaran las necesarias y a menudo muy grandes cantidades de dinero o donativos en especie, para que todos estos proyectos, a menudo increíbles, que le pedían el padre Ubald, el obispo Damascène o la población local, pudieran construirse y realizarse.

Gracias a ello, sólo en el periodo comprendido entre 2003 y 2023, la Sra. Schröttner pudo realizar lo siguiente

- 21 iglesias, algunas de ellas muy grandes, la mayor con espacio para 7.000 personas, así como cuatro casas parroquiales.
- Se construyeron seis escuelas; actualmente (2024) se están construyendo dos escuelas más, una para 6 clases y otra para 8 clases, así como la construcción de una cocina escolar para atender a 120 aprendices en los talleres de formación existentes.
- Se han construido y están en funcionamiento seis talleres de formación para sastrería, metalurgia, soldadura, carpintería, electricidad y albañilería. Estos talleres se equiparon desde Europa con las máquinas y herramientas necesarias, así como con los materiales requeridos, como toneladas de chapas metálicas, cuadernos de ejercicios y material didáctico. Los graduados de estas escuelas técnicas recibieron y siguen recibiendo "kits de iniciación", máquinas de coser o herramientas y equipos para sastres, electricistas, soldadores y carpinteros, para que puedan montar ellos mismos pequeños talleres y ganarse así la vida para ellos y sus familias.
- Para que los niños más pobres puedan ir a la escuela, se está financiando a largo plazo una cocina escolar, donde 760 niños (2023) recibirán una comida caliente todos los días. Esto significa que estos niños no tienen que trabajar en el campo en casa y reciben una comida caliente una vez al día, además de sus clases en la escuela.
- Se ha financiado la construcción y el funcionamiento de una gran guardería y de un centro terapéutico para atender a niños discapacitados.
- Durante el genocidio, innumerables viudas y huérfanos huyeron al vecino Congo. Desde allí, fueron desplazados de vuelta a Ruanda, donde sus antiguas propiedades fueron destruidas o apropiadas por otros. Estas viudas tienen que vivir ahora en condiciones miserables. Para remediar esta situación, se ha financiado la construcción de más de 780 pequeñas casas hasta 2023. Al principio, estas casas se asignaban de forma que las viudas y sus hijos recibieran una casita con un pequeño jardín si también estaban dispuestas a acoger a huérfanos sin hogar. Ahora, las mujeres necesitadas con hijos que han sido abandonadas por sus maridos también reciben esas casas.
- Además, se han distribuido y se siguen distribuyendo grandes cantidades de donativos en especie para proporcionar a la gente una fuente de ingresos, como máquinas de coser, herramientas eléctricas, bicicletas, ordenadores, cabras para las viudas y mucho más. También se organizaron muchos apadrinamientos, con patrocinadores europeos que sufragaron unos cinco años de escolarización de niños pobres, niños discapacitados, estudios universitarios para jóvenes especialmente dotados y mucho más.

También fue posible ayudar a hacer realidad la visión del padre Ubald. En 2009, con motivo de su 25 aniversario como sacerdote, surgió el deseo de construir un gran centro de evangelización y paz en el lago Kivu. Debía albergar iglesias, salas de conferencias, alojamiento para peregrinos y un hogar para sacerdotes ancianos que pudieran estar a

disposición de los peregrinos para administrar el sacramento de la reconciliación. Había una maravillosa zona de 28 hectáreas adecuada para ello, que pertenecía a un belga. Quería recibir por ella un precio de compra de 300.000 euros. En lugar de dejarse disuadir por esta enorme suma, la Sra. Schröttner también dijo SÍ a este proyecto sin reservas y confió en la ayuda de Dios. El precio de compra se redujo con éxito a 200.000 euros. Sin embargo, esta suma parecía inabordable, además de los gastos y proyectos que ya estaban en marcha. Sin embargo, gracias a increíbles coincidencias, esta suma se puso a disposición en muy poco tiempo y se entregó al obispo Damascène y al padre Ubald.

Los amigos del padre Ubald de Estados Unidos se encargaron entonces de la construcción de tres iglesias y de la infraestructura necesaria en este extenso centro de paz y reconciliación.

Puedes encontrar testimonios de cómo Dios ha intervenido repetidamente para ayudar en este contexto en la página web de Traude Schröttner - Graz / Austria: "Ejemplos de cómo Dios ha intervenido y ayudado con nuestros proyectos de ayuda en Ruanda".

También podemos recomendar los siguientes libros (en inglés):

- Immaculèe Ilibagiza: Guiados por la fe - Resurgir de las cenizas del genocidio ruandés, Nueva York 2006
- Immaculé Ilibagiza: Una visita del Cielo, La última aparición a Alphonsine, Nueva York 2010
- Erwin Steve: Guiados por la fe: resurgir de las cenizas del genocidio ruandés. Carlsbad, 2008
- Rugirangoga Ubald: El perdón te hace libre. Ave Maria Press, 2019